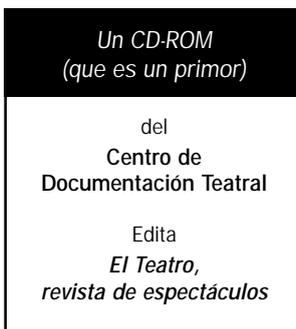


Un CD-ROM (que es un primor)

del Centro de Documentación Teatral

(*El Teatro, revista de espectáculos*)

Santiago Martín Bermúdez



Da la impresión de que el Centro de Documentación Teatral (INAEM, Ministerio de Cultura) hubiera cambiado de objetivos y de carácter desde su fundación en la primera mitad de los años ochenta. Da la impresión de que esos objetivos y ese carácter dependían del talante, de la formación e incluso de los caprichos, filias y fobias del director de turno. Sin embargo, todo el mundo sabe lo que es un centro de documentación especializado. No tiene por qué publicar una revista, por mucha que sea su calidad, si ya existen otras parecidas e incluso veteranas. Puede publicar piezas teatrales de autores vivos, y ahí está aquella colección de 24 números, flamantes e indiscutibles, sin duda con su poquito de sectarismo (atención: estas líneas las firma alguien que «entonces» no era autor todavía), pues sorprenden algunas ausencias. Lamentablemente, los recortes pudieron con la colección. Recuperar algo por el estilo no estaría de más, aunque no fueran volúmenes tan espléndidos de presencia; siempre y cuando no se instalara en el CDT un sectarismo reduccionista semejante al que tan dado ha sido ese instituto que va a dejar de serlo y que será agencia estatal, el INAEM (que, sin embargo, se permite tener centro como el CDT, fueran cuales fueran sus orígenes; es decir, nada es irremediable ni para siempre).

Junto a sus cometidos de auténtico centro de documentación, recuperados por completo desde la etapa de Cristina Santolaria y potenciados por la de Julio Huélamo, el CDT lleva a cabo una muy interesante serie de publicaciones en formato CD-ROM. Una de sus hazañas de mayor interés ha sido la de ofrecer un CD-DVD con el contenido facsimilar de los 300 primeros números de la revista *Primer Acto* (excluidos los textos dramáticos por cuestiones comprensibles de derechos de autor). También

se puede contar en formato semejante con los contenidos de otras colecciones, como *Yorik*, *Pipirijaina* y *Teatro* (esta, una revista de los años 50). Se trata de documentos de trabajo de un interés enorme. Tiene un interés enorme pasearse por las páginas de esos documentos para contemplar desde lejos las vigencias, mentalidades, prejuicios, ideologías, manías de cada época: en tal revista se ensaya la acotación y definición del «teatro proletario», y por fechas vemos que estamos todavía en pleno franquismo, ¡qué cosas!; en tal otra se nos invita a un «ajuste de cuentas» con el teatro de Lope de Vega; en la llamada *Teatro* desfilan como imprescindibles e inmortales espectáculos cuyos autores, directores y otros responsables yacen en el olvido tras recibir los favores de alguna institución, ya que no del respetable. Pero también tienen interés estas revistas por la lucha que supusieron por el teatro público, por el teatro y el compromiso, por el teatro independiente de finales del franquismo (Goliardos, por ejemplo), por la dramaturgia viva, por el nuevo teatro, por lo mejor que se hacía fuera de España, por todo eso.

Al lado de esas publicaciones, ha habido otras de un interés diferente. También artístico, también documental, pero de otra índole. Por ejemplo, esos dos volúmenes (creo que de momento van dos) en CD-ROM con fotografías de la colección del Museo Nacional del Teatro, ese museo que dirige con sensibilidad y acierto Andrés Peláez (y que conste que lo piropeamos así por su mérito, no porque sea amigo). Se trata de *Retratos 1850-1900* y de *Retratos 1901-1936 (a-k)*. Esperamos el disco con los retratos de ese mismo periodo, de la letra *ele* en adelante.

Con la digitalización de los 24 números de la madrileña *El Teatro, revista de espectáculos*, el CDT da un salto. Ya no se trata

de revistas de la época heroica de finales del franquismo, cuando creíamos que el porvenir del teatro era algo tan distinto al caciquismo generalizado de hoy. Ahora se trata de épocas que no conocimos. La revista *El Teatro* duró apenas dos años, de 1909 a 1910 (17 de octubre a 27 de marzo). Es una lástima, porque lo que vemos y leemos es jugoso, instructivo, y a menudo una delicia. Lo que vemos son fotografías, caricaturas y dibujos. Lo que leemos son noticias, entrevistas, evocaciones históricas muy sabrosas, y todo ello con una prosa tan de la época, con sus exageraciones en la adjetivación, su pomposidad, sus vigencias ideológicas o morales hoy sucumbidas. Hay que pasearse por el contenido de estas 24 revistas, detenerse en tal o cual lectura. Es enternecedor, y al mismo tiempo es bello y emocionante. Nombres que han transcurrido hacia el olvido, junto a nombres que no han hecho más que crecer con el tiempo, como Valle-Inclán. Por la lectura de estas páginas, de una época en la que el teatro tenía el monopolio de lo dramático (el cine balbuceaba en cuanto a imágenes, y era mudo), comprendemos que la situación del autor vivo es hoy peor que en aquellos años poco halagüeños en los que triunfaban los Quintero y en que Benavente era considerado un genio, mientras que Linares Rivas era un autor «de envidia», que solo trataba «temas importantes». Al menos, estrenaba Valle-Inclán. Poco, aunque no sus mejores obras; pero no tenía frente a él toda una ideología basada en la alianza del poder y el director de escena con voluntad de poder, ideología según la cual... Ya saben ustedes, colegas y amigos, distinguido público en general. Por lo demás, es una época en la que todavía existe el teatro por horas, que es el teatro más popular, y junto a él el teatro por antonomasia, el teatro burgués, y la ópera, con sede en el Teatro Real de Madrid. Sorprende la feria de las vanidades de la ópera, como se desprende de los distintos textos de crónica que podemos leer en esta revista. Y no sorprende sino porque muchos siguen viendo hoy día la ópera como feria de vanidades, incluido algún poco ilustrado y nada ilustre director de coliseo cuyo único mérito es, como casi siempre en la dirección de un teatro, la de la cercanía al poder.

Los contenidos de *El Teatro* tienen tanto interés que esta reseña podría convertirse en relación de las páginas de cada uno de los números rescatados a los archivos. Tras la portada, dedicada siempre a una figura del teatro dramático, o lírico, una segunda con anuncios, de los que ya hablaremos. A continuación, una sección fija, «De otro tiempo», a cargo de Francisco Flores García, en la que cuenta vidas y milagros de cómicas y cómicos de siglos atrás. Por cierto, Flores García era autor de algunos juguetes cómicos de carácter paródico, como el llamado galeotito, de 1883, cuya referencia es *El Gran Galeoto*, de 1881. La grandilocuencia tardorromántica del liberal Echegaray (algo progresista en política, más reaccionario en estética) era a menudo pasto del cachondeo de conservadores como Flores... o de reaccionarios como aquel carlista llamado Ramón del Valle-Inclán. Luis Gabaldón y otros desarrollan mediante relatos costumbristas toda una crónica de lo que era el teatro para la sociedad del momento. Otras secciones se ocupaban de acontecimientos teatrales en otros países europeos. «La semana teatral» era una auténtica crónica de lo que la redacción consideraba más destacado de lo que entonces se hacía en teatro. Hay que repetirlo: el teatro era el único espectáculo dramático en ese momento, no había alternativa, y además la gente no viajaba ni era muy amiga de quedarse en casa, porque las casas eran inhóspitas y todo el mundo se lanzaba a la calle en una ciudad en la que todas las caras eran más o menos conocidas.

El encanto de las imágenes, a casi cien años de distancia, es uno de los valores de este rescate. Y no es menor el interés de esos anuncios que apelan a realidades de la época, tales como las enfermedades por desnutrición, anemia, escrófulas y otras penurias que muy a menudo no son sino enfermedades sociales. Junto a los perfumes, publicidad de hoy y de siempre, como diría cualquier baranda de la prensa, tenemos curiosos reclamos para remediar el estreñimiento, que sorprenden de tan repetidos.

Las fotos de la revista son documentos de primerísimo orden, unas porque conservan lo que por entonces todavía no se llamaba *glamour*; ni mucho menos. Otras porque hablan de la época en que se tomaron y pu-



blicaron de manera complementaria a los conceptos que se han vertido sobre aquellos años: lo que hemos llamado exageración en el gesto, que nos hace pensar que si pudiéramos trasladarnos a alguno de aquellos teatros de por entonces y presenciáramos lo que fuera, dramón, comedia o zarzuela, saldríamos bastante sorprendidos en cuanto a exceso de gesticulación, ademanes y muecas. Las caricaturas son a menudo todo un poema, pero hay momentos en que no sabemos qué es más caricatura, si un dibujo de Fresno o una instantánea de tres atletas femeninas de dulce expresión y temible empaque.

Además de la digitalización de los 24 números de *El Teatro*, se nos ofrece aquí una edición facsímil del último de estos números, completo aunque en miniatura, para que nos hagamos idea de cómo era la publicación. En la portada, la actriz Rosario Acosta, con su gato, ataviada para una función titulada *Claudina*, mientras en el interior se nos informa de la semana teatral y de cosas del extranjero, como ya decimos, pero también de «cómo viaja una gran actriz», esto es, cómo viaja Sarah Bernhardt con sus 73 baúles de ropa, ni uno menos. Pero en la cubierta y tapas del CD-ROM aparecen también frag-

mentos de otros números, como ese, impagable, precioso, *El beso en el teatro*: «No queda otro remedio, señoras y señoritas que componéis el mundo de los bastidores... Hay que decidirse á besar de verdad en escena... ó, por lo menos, á aguantar valerosamente el beso que recibáis... Los autores son unos tiranos y así lo han decretado... Eso de besar en el pelo ó simular el beso colocando delante los dedos de la mano, son viejos trucos, mandados retirar, que no engañan al público ni le convencen». Y así sigue y abunda el autor del comentario, en una de las «crónicas extranjeras», ilustrado todo con una fotografía en la que una dama de desparramado y abundante vestido, algo desmayada, algo entregada, vencida y feliz, cierra los ojos ante el revoloteo de un caballero de etiqueta, con sofá bajo ambos y reloj antiguo a punto de dar la medianoche, con cojines, muchos cojines; adivinamos la sonrisa del caballero y comprendemos el éxtasis de la dama. Pie de foto: «Preparación del beso de miss Dudelsac». Y así todo, así los 24 números, señoras y señores.

Esperamos que siga la racha de publicaciones del CDT en este formato. Esto también es documentación teatral, de la más bella, y no de la menos interesante. ■

